



Juan Escámez Sánchez

Catedrático de Filosofía de la Educación
Universitat de València-Estudi General

En una universidad tan competitiva, a veces despiadada, la Obra del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer ha formado cristianos generosos, comprometidos con el Reino de Dios y testigos de la santidad en medio del mundo. En una homilía pronunciada al aire libre, en el campus de la Universidad de Navarra, Josemaría Escrivá decía “que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y esa es la que tiene que ser santa y llena de Dios: a ese Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales. No hay otro camino: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca”.

Hoy más que nunca necesitamos que la Universidad busque el saber y el conocimiento en el horizonte de la responsabilidad ética por las personas y por la naturaleza. A ello dedicaré mi breve intervención.

La responsabilidad por las personas

La responsabilidad consiste en echarnos nuestra vida a la espalda y decidir qué camino tomamos y a dónde nos dirigimos. De nuestras acciones se derivan efectos y consecuencias positivas o negativas para nosotros y para los demás. Los beneficios o perjuicios a “los otros” añaden a la responsabilidad una dimensión ética. La dignidad de cualquier persona con la que me encuentre, clama por el reconocimiento de sus derechos y por la satisfacción de sus necesidades, hasta donde alcance mi poder facultativo. La ética de la responsabilidad pone el acento en el compromiso vital con los otros, especialmente con los más débiles y excluidos, y con la Naturaleza, que hace posible la vida humana.

La responsabilidad por la otra persona consiste en hacerme cargo de ella, puesto que es la responsabilidad por alguien, con un rostro concreto, que apela a mi ayuda y cuidado. En un mundo de estadísticas demográficas y de pérdidas en vidas humanas previstas, el acontecimiento del encuentro con el rostro del otro me lo manifiesta como único y reclama mi ayuda ante la fragilidad de su vida. Levinas (2001), exponiendo este pensamiento, dice: “Hay un antiguo texto talmúdico que siempre me ha impresionado: Dios es extraordinario en todo lo que hace. En efecto, los estados usan un molde para imprimir moneda. Con un único molde fabrican muchas piezas semejantes. Con el molde que imprime su imagen, Dios es capaz de crear una multiplicidad disimil: los ‘yoes’, únicos en su género”. El encuentro con el rostro del otro es ante todo una responsabilidad respecto de él. Ese hacerse responsable del otro es, sin duda, el nombre serio de lo que se llama amor al prójimo.

El respeto auténtico a la vida, especialmente a la vida humana, se tiene cuando en cada persona se percibe la presencia de la humanidad entera. En un planeta de más de seis mil millones de habitantes, con ciudades enormes y una cifra de crecimiento neto de la población estimada, en los últimos años del siglo XX, entre 90 y 100 millones de habitantes al año, tenemos el peligro de reducir las personas a un número molesto.

Frente a ello, la dignidad humana en cada persona muestra su carácter de única, no permutable por ninguna otra, que nos demanda el cuidado responsable de ella. La responsabilidad mía por el otro es la responsabilidad de una persona única por otra persona única. Me vea o no, sea pariente o no, sea de mi país o no, tiene que ver conmigo, tengo que responder de ella. Esa es la actitud moral de respeto a la persona que ha sido denominada “compasión”. Es la actitud del cuidado ante el sufrimiento de cada individuo, con un dolor intransferible, ajeno a toda abstracción. Es la actitud del Buen Samaritano que Jesús describe en la parábola ante la pregunta que le hacen sobre “¿quién es mi prójimo?”.

La responsabilidad ética exige también la transformación de los escenarios sociales en los que se producen las relaciones reales de las personas, las condiciones políticas y económicas que provocan la injusta marginación y exclusión de muchas personas, de comunidades enteras con la mínima calidad de vida, y de las competencias suficientes para enfrentarse positivamente con los retos de nuestro tiempo. La ética de la responsabilidad nos obliga a la acción, que es la única facultad que tenemos para producir los cambios sociales necesarios; pero a una acción inteligente, colaborando con otros, formando colectivos o participando en instituciones, para que nuestras decisiones de transformación social tengan posibilidades de éxito.

La responsabilidad por la Naturaleza

Los recursos de la tierra son limitados y, sin embargo, parece sostenerse la creencia generalizada en la ilimitada abundancia de los mismos. Se tiene la falsa ilusión de que el hombre puede modelar el mundo a su antojo, la arrogancia de valorar en exceso el papel del ser humano respecto a la vida; la ideología del crecimiento constante, sin referencia alguna a valores éticos; la convicción de que el mundo ha sido puesto en nuestras manos para que lo explotemos y no para que lo cultivemos y cuidemos; la ciega confianza en que los nuevos descubrimientos científicos y tecnológicos irán resolviendo los problemas, a medida que se vayan planteando.

Frente a tales planteamientos, algunos científicos y éticos reivindican un nuevo paradigma ecológico: el cuidado y la conservación frente a la explotación masiva de recursos. Si los recursos son limitados, es preciso modificar nuestro comportamiento con respecto a la Naturaleza. La educación tiene que procurar el cambio de las actitudes y mentalidades claves, donde hay que buscar las causas de la actual crisis ecológica.

La ciencia y la tecnología actuales se encuentran con las posibilidades de un progreso que parece no conocer límites, pero esto no significa que no generen problemas. En el caso de la tecnología, hay que decir que se justifica únicamente por sus efectos y no por sí misma. Y en lo tocante a los efectos que produce la tecnología, éstos pueden ser ambivalentes, es decir, pueden ser positivos y contribuir al bienestar de las gentes, o negativos y contribuir a su malestar. Es muy difícil actualmente hacer un balance exacto de la situación en todos los campos de su aplicación. Si analizamos las tecnologías sobre el control de la conducta y la manipulación genética, por ejemplo, vemos que la mezcla de consecuencias saludables y dañinas para los humanos es notoria y la frontera entre ambos tipos de consecuencias no puede trazarse fácilmente.

El deterioro ambiental no es principalmente un problema técnico; si lo fuera, no habría surgido de modo tan agudo en las sociedades tecnológicamente más avanzadas. No se origina en la incompetencia científica o técnica, ni en la insuficiencia de la educación científica, ni en la falta de información, ni en la falta de dinero para la investigación. Se origina en el estilo de vida de las personas de las sociedades más avanzadas, quienes necesitan asumir, o al menos comenzar a replantear, nuevos modos de vida. El problema no es fácil, porque parece que cada individuo tiene una influencia mínima en los acontecimientos que afectan al medio natural. Sabemos que la abstención del uso de determinados productos puede ser un bien futuro, pero tal bien nos suele parecer lejano y nos dejamos llevar

por la búsqueda de satisfacción del placer inmediato. La lógica de nuestros deseos más inmediatos no coincide con lo que podríamos llamar una lógica ecológica. El largo plazo y los intereses generales son aspectos centrales que han de fomentarse en la Universidad como estrategia formativa.

El riesgo más importante de los mecanismos del mercado es, precisamente, su incapacidad para asumir las consecuencias a largo plazo de determinadas decisiones. El equilibrio ecológico y la equidad social son condiciones necesarias para el desarrollo de los pueblos, pero su logro exige decisiones que implican sacrificar beneficios inmediatos; ese sacrificio probablemente requiera un alto componente de desarrollo moral en todas las personas, sobre todo en los dirigentes económicos y políticos, y algo más que eso: una pasión por la justicia.

La Universidad tiene que formar la actitud de armonía con la Naturaleza y el rechazo de la actitud de dominio sobre la misma. La nueva alianza del ser humano con la Naturaleza debe pasar primero por el corazón. Es ahí donde están las raíces de las agresiones a la Naturaleza. El instinto de poseer y la voluntad de poder pueden ganar los corazones. Puesto que los deseos humanos de posesión y poder son insaciables, es necesario ponerles límite en pro de la supervivencia de todos.

La tarea de los cristianos laicos estriba en la presencia activa en la investigación y en la práctica profesional más avanzada, para que ahí resplandezca la luz de Cristo. Es el mensaje que Josemaría Escrivá transmitió a través del Opus Dei: santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo y santificar el trabajo.